

[PRESENTACIÓN DE OBRA]

Vestigios nobles*

Entrevista de Alejandro Cárdenas

Mayo de 2024

Alberto Lozada

Actor, titiritero, narrador oral, pedagogo e investigador. Director del Proyecto Estado Infantil Con-Sentido y la Agrupación Artística Papalote Azul, sus búsquedas artísticas y reflexiones pedagógicas le han llevado por diferentes disciplinas creativas. Desde 1983 ha estado vinculado a la formulación y puesta en marcha de proyectos artístico-pedagógicos con Instituciones Distritales y Nacionales, algunas de las más recientes han sido: Ministerio de Cultura (Programa Cuerpo Sonoro y la estrategia digital de cultura: Maguaré), Corpo-Educación (Proyecto de Movilización social para la Primera Infancia), Instituto Distrital de las Artes (Programa Circulación artística para primera Infancia a nivel distrital). Ha participado de programas de formación, difusión y circulación del arte, de la mano con Instituciones como la Fundación Rafael Pombo, Universidad Pedagógica Nacional, SOS Aldea de Niños, Liga Colombiana de Hemofilia, Corporación Comunicar, y de agrupaciones artísticas como Paciencia de Guayaba, Guiño del Guiñol, Teatro Comunidad, Nueva Cultura, la Perforadora, La Bestia, Cortocinesis danza contemporánea, La Otra Danza, Laboratorio artístico 7 am, entre otros.

Introducción

Sara Regina Fonseca García

A diferencia de una relación puramente identitaria e informativa, la relación sensorial es infinita o, por lo menos, inmensa. Identificar una mandarina toma segundos. Pelarla, desgajarla, exprimirla, dejarse chorrear por su jugo, secar sus cáscaras y molerlas, dibujar sobre la tierra con el polvillo colorido, mirar cómo vuelan sus partículas en el viento y dejarse inundar por la resurrección aromática de sus átomos en expansión toma horas, días, meses. Toma el tiempo de los sentidos. Un tiempo que se desparrama hacia su propio centro. En *Vestigios nobles*, la mandarina ya no es una cosa identificable en un universo lleno de cosas. Es más bien un universo infinito lo que se despliega en la mandarina, y así en cada pequeña cosa. Alberto dice que no necesita viajar, pues ya “se la pasa viajando”. Viaja al infinito de cada pequeña cosa y, entonces, cada cosa se convierte en un territorio para él. Es decir, en un lugar lleno de particularidades y geografías vivas, donde emerge una relación fundamentada en el contacto, la afectación mutua y la vivencia de una historia compartida. Alberto dispone sus materiales nobles en un espacio-territorio que nos invita a detenernos, y siento esta invitación como una resistencia a la expansión voraz del viajero que se arroja a utilizar, apropiarse y agotar cada cosa que pisa. En este sentido, *Vestigios nobles* no solo se sale de la lógica colonialista, sino que también cancela dicha lógica en la poética misma de la acción.



* El uso de estas fotografías está autorizado por los representantes legales de los menores de edad



V
V

1 y 2

Vestigios nobles
Fotografía: Luis Cárdenas Suárez
Fotografía digital
2024

Los vestigios nobles son hermosos, pero su hermosura no es de museo. No puede congelarse en un espacio vacío, ni en un tiempo ahistórico. Lo suyo es la transformación de la materia y la afectación que su hechura tiene sobre los organismos que participan de ella. *Vestigios nobles* no son cosas, son relaciones sensoriales entre cuerpos vivos y, al no ser lo uno y sí ser lo otro, esta “obra” problematiza tanto el concepto de belleza artística como el concepto mismo de la vida. La obra artística está viva y es bella en cuanto mantenga sus vínculos con otras materias. Asimismo, la vida existe en cuanto persistan sus procesos de transformación. Una cáscara de huevo muere para quien la convierte en desecho, pero sigue viva para quien la seca, la tritura, la huele, la acaricia, y se deja atravesar por su figura de polvo. Las láminas hechas con entrañas enredadas de melón tienen formas intrincadas, texturas sorprendentes, colores inclasificables. Son vestigios hermosos, y su hermosura está hecha de huellas: huellas de los cuerpos que ellos han sido, de las manos que los han tocado y del viento que los ha secado. Una hermosura deudora del tiempo de los sentidos, del tiempo que toma una huella.



Alejandro Cárdenas: Cuéntanos ¿quién eres?

Alberto Lozada: Soy servidor escénico y hacedor indisciplinar. Según mi abuela, aprendí a leer en el vientre de mi madre y a escribir a los 13 años en la Clínica de Conducta Centro de Protección de Niños, allí aprendí sastrería, tejidos, carpintería, peluquería, y conocí el arte de contar historias, de los títeres, de cantar... de la mano un hombre que jugaba con un barquito de papel y preguntaba con voz profunda y nasal: "Muchachos, ¿cuántos mares existen? ¡No señores! Mares solo hay uno, los límites están..." Y señalaba su cabeza.

El primer títere que llegó a mis manos era un guiñol; en Colombia, le llamamos títere de guante.

Alejandro Cárdenas: Don Albertico, en esta enunciación tuya por ser servidor escénico, ¿qué otras cosas has hecho?



Alberto Lozada: Empecé a contar historias allá en la Clínica de Conducta; eran chicos muy arriesgados, yo era un niño muy temeroso, no tenía las habilidades que ellos tenían. Algunos limpiaban lápidas en el cementerio, todos salían a robar...

En esa época, escuchaba en la radio al humorista Montecristo. Antes de entrar a clase, empezaba a imitar sus personajes, les gustaba escucharme y se reían. Así, encontré cómo comunicarme y relacionarme con ellos de otra manera... Al salir de la Clínica de Conducta, empecé a abrirme camino, porque la academia no aceptaba una etiqueta tan fuerte. Me marginaron con un visto bueno, es irónico y paradójico: la misma academia me dio un empujón para que buscara la autoformación.

Alejandro Cárdenas: Y en este camino ¿cómo fue el encuentro con los niños y las niñas?

Alberto Lozada: A los diecisiete años llegué a Bogotá, me crucé con grupos de estudio que querían salvar el mundo, aprendí de los juegos teatrales que hacían, después me di cuenta de que no era el teatro lo que les interesaba realmente y me regresé a Bucaramanga. De vuelta, conocí a un payaso-titiritero, su grupo se llamaba La Oruga Encantada; luego conocí un grupo de poetas, músicos y actores, y terminé jugando con las máscaras y los títeres. En todo el trabajo que hacíamos, había un interés por la niñez, tal vez pensando que los títeres eran solo para los niños. Nacieron mis primeros tres hijos y terminé encauzando toda mi fuerza hacia la infancia.





Alejandro Cárdenas: Cuéntanos ¿qué son los vestigios nobles y cómo fue ese descubrimiento?

Alberto Lozada: Dice mi madre: "Usted desde chiquito es así, recoge toda cosita que ve". En una etapa de mi vida, me poseyó el síndrome del titiritero: ¡Todo me sirve! Un día una amiga me dijo: "¿Usted quiere estar siempre con dinero en el bolsillo?"... Pele una mandarina y todos los pedacitos de cáscara arrójelos por la casa. Decidí hacerlo y tenía que cuidar la cáscara, porque si no se podría... este ejercicio lo hice por algo más de tres años. Luego llegó la pregunta: "¿Qué hago con lo que no me sé comer?". Esto me abrió al encuentro con otros materiales: papa, papaya, cuncho de café, semillas... de mi cocina. En una reunión en el Centro de Memoria Histórica, alguien preguntó: "¿Qué hacemos para reforzar todo el trabajo de memoria que se está haciendo?" "¡Con cuncho del café!", dije. Me miraron y preguntaron: "¿Cómo?". A lo que les respondí: "El olor a café es evocador".

Así, en 2010, el 8 de abril, cuando cayó Gaitán, y el 9 de abril en la Plaza de Bolívar de Bogotá, hice la primera instalación llamada *Círculo de labor con-sentido en aroma de café*. Unos muñecos pequeños complementaron la instalación, esparcí el cuncho de café, la gente se acercaba a hablar, a armar micromundos, y alguien dijo: “¡Usted está haciendo psicomagia!”, asunto que no me interesaba y retiré los muñequitos de la instalación; el solo cuncho de café era muy bello. Pensé: “¡Un poquito de color le sentaría bien!”: cáscaras secas y molidas de huevo, naranja, mandarina, papa... ahí encontré texturas y colores.

Alejandro Cárdenas: Perdón por interrumpirte. ¿Qué es lo que tienes en la mano? Esta es una cáscara de mandarina, ahora intento que quede completa, siempre aparece una forma distinta. Aquí hago un paréntesis. Cuando descubrí el aglutinante de las frutas, pegaba en vidrios, cartones, hojas secas, parafina e icopor la pulpa de la cáscara de banana, papaya o melón, estas superficies las desprende y queda la transparencia que deja ver sus fibras. Tengo duendecillos, cuando me pierdo vienen y me salvan, esos ángeles me favorecen, por eso, puedo hacer este tipo de cosas. Alguien dijo: “¡Todo es orgánico!”. Sí, todo nos proporciona un goce, este material me lo puedo comer, lo puedo dejar secar, lo puedo devolver a la tierra... es un vestigio noble, los vestigios nobles son como el estado infantil, como la naturaleza misma.

7 y 8

Vestigios nobles
Fotografía: Luis Cárdenas Suárez
Fotografía digital
2024



Alejandro Cárdenas: Hablando de lo natural, esto podría ser una investigación plástica tuya, un goce plástico, tiene una belleza, es interesante en sí mismo. Me gustaría saber en ti ¿qué pasa?, ¿por qué decides que esto tiene que ver con el mundo de los niños y las niñas?

Alberto Lozada: Cuando dispongo los materiales, los primeros seres que se acercan son los niños y las niñas, y con ellos los adultos. A una de las instalaciones un día llegó un abuelo de ochenta años con un bastón: mientras un bebé de tres años estaba rayando con el dedo el cuncho del café, el abuelo estaba rayando con el bastón; no les importaba si el dibujo permanecía, pasaba la brisa o se transformaba... ambos seguían jugando. He visto juntarse seres habitantes de calle con seres que van de tránsito y terminan conversando; ahí se juntan las infancias sin cronología, "el niño interior", que equivocadamente llamamos, es el estado natural, noble, sincero, curioso, es un estado perenne a la vida, y creo que ahí es donde el estado infantil se encuentra.

Alejandro Cárdenas: Hay algo en el estado natural de tus vestigios nobles. Siento que hay mucha potencia de juego, pero también es un juego distinto, nada frenético, sino que tiene un tiempo diferente, muy elongado. ¿Qué piensas de eso que haces?

Alberto Lozada: Cuando hay una extrañeza del cotidiano, se juega. La rigidez vuelve competitiva la vida, impone estrategias, pierde lo sublime. El juego es un acto de contemplación, sin afán, sin límite, sin pretender expresión artística alguna, sin provocación, ni invitación, como la naturaleza: ¡ocurre, acaece!

Alejandro Cárdenas: ¿Esto que dices es una especie de juego de la contemplación?

Alberto Lozada: Si. Detenerse, ojalá, sin pensar, sin motivación, algunas veces el pensamiento hace ruido. Es la sensación sin imaginación (algo atrevido de mi parte), el ser humano en su estado infantil no imagina, habita el instante sin pasado, sin futuro: está.

Alejandro Cárdenas: Poniendo el foco sobre los niños y las niñas y lo que conozco de tu obra, hay algo muy particular que coincide con esta convocatoria de la sartén sin mango, y es la ausencia de instrucciones, que abre unas posibilidades. En tu observación de adulto: ¿qué es lo que pasa con los niños, con este trabajo que propones?

Alberto Lozada: Este material activa todos los sentidos, sin embargo, sí hay una indicación para el pensamiento racional: ¡seamos y dejemos ser! El estado infantil habita sin prejuicios, sin representación.

Alejandro Cárdenas: A veces te tratas de marginar de lo artístico, sin embargo, lo que haces son cosas de artista, de científico, de mago. Pasan cosas muy científicas como de entender la cosa de dónde viene y entender un poco los procesos naturales e, incluso, físicos y químicos a una especificidad muy alta. Pero también de poner los objetos en cierta organización en la naturaleza, que habla



de una poética de las cosas naturales. A mi parecer a veces ronda con lo metafísico, lo mítico y quisiera saber ¿cómo te sientes con estas interpretaciones?

Alberto Lozada: Quizás son todas, por eso, hablo de la indisciplina, del silencio, de la contemplación, de ir más despacio... Todos los espacios son poéticos a los ojos del poeta, somos magos, científicos... ¡somos todo! El afán y el deseo muchas veces nos juegan malas pasadas. Me acuesto, me levanto, respiro pensando en esa totalidad, y donde la he encontrado es en los vestigios nobles. Un agujero o la punta de un alfiler me muestran cuán complejos y poéticos son los universos, cuando alguien va por la calle y puedo mirarme en sus ojos, respiro distinto, ese respirar es un acto poético y político maravilloso.

Alejandro Cárdenas: ¿Quedas con algo rondando?

Alberto Lozada: ¡Es maravilloso este tránsito, este instante, esta época! ¡Gracias!

Alejandro Cárdenas: Muchas gracias, Don Albertico.

